

Pluma y Lápiz

Director: Marcial Cabrera Guerra



EN LA REVISTA

Luis Orrego Luco

LA JAPONESA

(Continuación)

¡Qué tiempos aquellos!

No hai poeta, para cantarlos, como Núñez de Arce, ni encanto como su *Idilio*:

¡Oh recuerdos, i encantos, i alegrías

De los pasados días!

¡Oh gratos sueños de color de rosa!

¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,

Que a la vida despiertas

En nuestra breve primavera hermosa!

Es bien curioso, como dice Pepito Lacerda, que pensemos exactamente lo mismo yo i Núñez de Arce.

Volvimos a encontrarnos, muchas veces, con Anita, en los viérnes de la señora de Alvareda. Tomamos confianza, i pronto se declaró entre nosotros un *flirt* furibundo. Huíamos del sofá de las suegras i nos sentábamos en los rincones, junto al piano, detras del biombo. Nos asaltábamos con miradas, nos perseguíamos con sonrisas, con leves apretones de mano en las cuadrillas o en la gran cadena de los lanceros. Cierta vez, al dar vuelta la hoja de música, junto al piano, en tanto que Anita concluía un trozo de Paderewsky, mis labios rozaron su cabellera, negra i ensortijada. Ella se echó hácia atrás, bajando los ojos, lívida como si fuera a desmayarse, en tanto que yo, al mismo tiempo, sentía faltar la tierra bajo mis piés. I nos buscábamos mutuamente con la mirada perdida.

—Federico, me decia ella, tú no me quieres...

—Ni tú a mí... ¿i tu novio?...

—Me encanta, replicaba ella, nos casaremos i seremos felices.

—¿Podrías quererme, Anita?

—Jamás.

—I entónces ¿por qué te llevas coqueteando conmigo?

—¿Quién sabe!... misterio... ¿acaso tú no estás enamorado de Julia?

—Es verdad...

I era, en efecto, verdad, que no nos amábamos, i que, sin embargo vivíamos en perpetuo *flirt*, persiguiéndonos a miradas, cambiando son-

risas como los amantes de un ensueño. Nos hacíamos falta mutuamente. Donde ella no estaba me sentía yo mal i descontento; a ella le pasaba lo mismo, segun me aseguraba. Pero, en tan extraño estado de espíritu, no existía el amor en ninguna de sus formas. Quizá era aquello en mí satisfacción vanidosa de seguir a una mujer elegantísima; deseo, en ella, de arrebatarse un pretendiente a una amiga, de encadenar un hombre a la moda: en ámbos, mareo de vanidades, perturbacion confusa de los sentidos, excitacion causada por su elegancia, hipnotismo de los colores, estraña perversion moral.

Nos empeñamos en un duelo horroroso: se trataba de vencerse mutuamente, de encadenar al otro, permaneciendo uno libre.

Anita me seducia con su lujo, sus *bombonieres* de filigrana de oro, sus abanicos pintados en cabritilla, de valor de mil quinientos francos, sus trajes de Doucet i de Redfern. Se cargaba, de repente, en mi brazo, con ojos empapados en ternura. I me seducia sabiamente, dejando caer, como inadvertida, su pañuelo, empapado en su extraño perfume, para que yo me lo robara i me persiguiera, con su perfume, su recuerdo. Me entregaba su abanico, para obligarme a perseguirla.

Por mi parte, la llevaba orquideas i bailaba noches enteras con otra, para picar su vanidad—recurso maravilloso, pero que exige tacto.

I luego, mirando al fondo estraño, insondable de la conciencia, veíamos que no existía, en

ninguno de los dos, el destello luminoso i puro del amor sincero. I aquel *flirt*, sin embargo, rayaba en escándalo.

Un buen día, se deshizo el matrimonio de Anita con Portland, sin saberse cómo ni por qué. Nunca se sabrá la verdadera razon de las rupturas, acaso por la hidalguía de los unos i porque los otros tengan interes en ocultarla. Eso, no obstante, las relaciones mías con la *Japonesa*, como todos la llamaban, continuaron, como ántes, sin avanzar ni retroceder un paso. ¡Estraña mujer i misterio estraño!



Al año siguiente, ya próximo a terminar mi carrera de médico, obtuve del Gobierno una pensión para dedicarme, en Europa, al estudio de las enfermedades de los niños. Aun recuerdo la última entrevista, con mi encantadora *Japonesa*, en casa de la señora de Alvareda.

Anita vestía esa noche un traje de seda blanca, de estilo Luis XV, con flores bordadas en relieve i lazos *vieux-rose*. Con los tonos claros, sus formas se redondeaban, para mejor manifestar inesperadas morbideces de contornos, en su cuerpo joven. Llevaba el cabello empolvado de blanco, gran moda por aquellos días, i una magnífica estrella de brillantes sobre lazo de terciopelo negro, en la cabeza. Me saludó con una sonrisa aristocrática, algo fría, i me dijo que habia venido espresamente para charlar conmigo aquella noche, quizá para mí la última de tierra chilena. Valsamos larga i pausadamente, i luego, no tuvimos qué decirnos. Yo tenia la garganta seca i sentía, como nunca, esas eternas lágrimas de las cosas.

Ninguno de los dos acertaba a pronunciar palabra. ¿Por qué no habló ella? ¿por qué no hablé yo, a mi turno?

Al dar la campanada de las once, Anita se puso de pié, fué al cuarto de *toilette* de las señoras, i la vi salir en vuelta en su larga capa Trianon de baile, estilo tambien Luis XV, con capucha guarnecida de encajes. Al acompañarla junto al coche, iluminada por los reflejos de los grandes faroles niquelados, me alargó su manecilla enguantada de blanco i me dijo, en frances:

— *Adieu, mon ami bonne chance... Buena suerte* .. sus palabras frias i metálicas vibraron en mi alma, así como vibraba en mis oídos el trote regular de los caballos que la conducían esa noche, para mí la última, al gran baile de don Alvaro Fernández. I sentí en el pecho la opresión de la eterna tristeza de las cosas ..

Algunos años mas tarde concluidos mis estudios, volvia de Viena, convertido en un médico elegante i europeo. Ya no me acordaba de Anita, la «*encantadora Japonesa*», ni de sus trajes, ni de sus historias i *flirt*. Una tarde, al cruzar por la calle de Ahumada, me encontré con ella de manos a boca. Levanté mi sombrero, me contestó levemente, con marcada frialdad. Era siempre tan alta como delgada; su paso rápido, su andar ondeante, conservaban el mismo sello de elegancia lijera.

Llevaba de la mano un chico, vestido de azul, con gorro de marino ingles, de pierrecillas fla-

cas i aspecto enclenque, pero vivo i agudo. Pensé que Anita se habia casado, i aquel *japonesito* rubio seria su hijo. I así era la verdad, como lo supe luego. Acostumbrado, en Europa, al uso tan impertinente como de mal tono de seguir a las mujeres en público, me lancé tras de Anita que tomó en direccion a la calle del Estado, torció a la derecha i se detuvo ante la inmensa vidriera de una tienda de lujo, para ver si la seguía.

I yo firme detras. Anduvo muchísimas cuadras sin volver la vista, hasta que, una vez en su casa, al tocar el boton de la campanilla eléctrica, se abrió la mampara de vidrio esmerilado, empujó al niño hácia adentro, se volvió por entero hácia mí, sonriendo con la sonrisa de antaño, i desapareció. Era la misma *Japonesa* de otro tiempo.



Aquella vez fuí como de costumbre al Club, a tomar el aperitivo de la tarde. Al llegar a las mesillas del rincón, en donde tres o cuatro amigos, al frente sus copas, discurrían despreocupadamente, no pude sujetar la curiosidad que me llenaba.—Acabo de encontrarme en la calle con Anita Alvareda, que apenas me saludó... Llevaba un chico de la mano... ¿Que se ha casado?

—«Por supuesto, replicó Jorje Velarde, un muchacho elegante, con cara de Napoleon trasnochado.

«Por lo visto ustedes en Alemania han vivido como en la luna, sin recibir ni cartas, ni diarios, ni correspondencia. Es verdad que solo así se forman los sabios. Te diré, para tu capote, que Anita se casó, hace cinco años, con Rafael Echagüe, primo del famoso Daniel, que, como marido, es una verdadera calamidad. Ésta, por otra parte, es cualidad de familia.

—«Miren el diablo predicador...

«En fin, cállense la boca; si me interrumpen, no sigo hablando. No hai perro ni gato que ignore las historias del matrimonio de Anita, que se casó, segun dicen, bastante enamorada de su marido. Pero como éste es un demonio en toda forma, jugador, tunante, sin que el diablo tenga por donde desecharlo, el matrimonio anda mal. Es tan cínico este perillan de Rafael Echagüe que, en el verano último, se presentó a las seis de la tarde, en victoria, en compañía de la Formajini, bailarina de la Ópera, a la puerta de su propia casa, i se quedó esperando el abrigo, en tanto que su propia mujer la miraba desde el balcon.

LUIS ORREGO LUCO

(*Concluirá*)